

Ciudades retratadas en la prensa porteña por escritoras “afectadas”

Marina L. Guidotti
Universidad del Salvador

Tres conceptos claves guían estas reflexiones: “ciudad”, “afecto”¹ y “autobiografía”, pues consideramos que los recorridos por los espacios urbanos en los que se ha vivido van conformando un mapa donde los recuerdos generados en ese tránsito se superponen con otras huellas marcadas por vivencias, afectos y recuerdos que proporcionan un nuevo relieve a esa cartografía. Trabajaremos con artículos periodísticos de Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla² publicados en la prensa de Buenos Aires, con el fin de analizar de qué manera retrataron las ciudades que dejaron una impronta en sus vidas. Se trata de localidades reales que tuvieron injerencia en la formación de sus identidades, tanto por ser los lugares natales, los ámbitos de socialización y crecimiento personal, como los que les permitieron desarrollar una actividad cultural e intelectual propia. Esas ciudades fueron resignificadas literariamente a partir de los sentimientos³ que las vincularon con ellas.

-
- 1 Arfuch, quien parte de los lineamientos de la neurobiología, considera que “el afecto aparece como previo a intenciones, razones, significados y creencias [...] como pre-subjetivo, visceral, corpóreo, el afecto como fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios, pero separados de ellos” (2015: 248).
 - 2 El recorrido aquí planteado puede aplicarse a otras autoras decimonónicas; dada la extensión del presente artículo, no haremos referencia a ellas.
 - 3 Si bien “sentimiento” y “emoción” no son estrictamente sinónimos, ya que en el primero hay un componente mayor de conciencia y en el segundo priman la intensidad y duración, a los fines del presente análisis se tomarán como equivalentes.

Para indagar sobre la relación entre esos ámbitos de pasaje o de pertenencia y las emociones que suscitaron en las autoras partimos de los postulados de Sara Ahmed ([2004], 2015); Leonor Arfuch (2010, 2013, 2015); Victoria Camps (2011); Sylvia Molloy (1996); Mabel Moraña (2012) y Ana Peluffo (2016).

En los artículos periodístico-literarios que las escritoras publicaron dieron cuenta de sus opiniones, de aspectos de su intimidad y de estados de ánimo estrechamente vinculados con las experiencias que habían vivido en las ciudades capitales de Perú y de Argentina. Son manifestaciones discursivas que deben ser leídas desde una perspectiva ideológica, política y literaria, pues articulan lo histórico con lo social y lo cultural, y dan cuenta del sistema de valores, de creencias y de afectos de las sociedades en la que se hallaban inmersas. No obstante, si bien sus escritos nos posibilitan ver la forma en que las autoras “leían” su presente y comenzaban a construir lo que, para nosotros, como lectores del siglo XXI, constituyen imágenes del pasado, van más allá de explicitar los sucesos y el devenir histórico, es decir, no se quedan solo en el registro anecdótico. El estudio de esos artículos desde la perspectiva de lo afectivo propone otro tipo de acercamiento a producciones decimonónicas que corresponden al último tercio del siglo XIX, la época de la transición hacia la modernidad.

Siguiendo a Rancière (2002), el examinar las formas en las que circulaba la sensibilidad, cómo se ordenaban y disciplinaban las percepciones, los afectos y cómo se producía la toma de contacto con la realidad permite interpretar lo estético en relación con lo colectivo. Las narrativas de estas escritoras tienen la particularidad de unir lo testimonial con lo ficcional; lo que ha sucedido, que implica un régimen de verdad, adquiere a través de los escritos periodístico-literarios una nueva significación, lo que vuelve factible abordarlos desde una perspectiva histórico-social, ya que sus autoras se posicionan como “agentes históricos”, en palabras de Rancière (2002).

En esta línea, debemos tener en cuenta, para sustentar nuestro análisis, la irrupción de la teoría sobre el “giro afectivo” o “giro emocional”. Sara Ahmed (2015) retoma los conceptos de Ticineto Clough y Halley (2007) sobre el afecto al considerarlo como la capacidad corporal de “afectar y ser afectado”. Esta postura crítica nos habilita a acercarnos a materiales de diferente índole –textos literarios, cartas, diarios, crónicas, artículos periodísticos, entre otros– y desde distintas perspectivas –Antropología, Sociología, Psicología, Comunicación y Estudios Literarios–, para observar cómo se entretienen las correspondencias entre la creación y la recepción, ya que lo discursivo deja de ser visto como representacional para pensarse como una realidad afectiva que transforma a otros, a la vez que afecta al propio emisor. En este sentido, como afirma Moraña, “el afecto es [...] una vía de acceso a lo real, a lo simbólico y a lo imaginario” (2012: 323). La investigadora sostiene que los afectos también expresan modos de ser y estados de la subjetividad a la vez que dan cuenta de la relación del individuo con eventos y espacios en los que se desarrolla su vida.

Ahmed explora, asimismo, cómo funcionan los componentes afectivos sobre los “cuerpos individuales y colectivos” (2015: 19). Desde una visión cognitiva, la crítica retoma a Aristóteles y considera que “las emociones involucran valoraciones, juicios, actitudes [...] que son irreductibles a las sensaciones corporales” (26). Concuere con Descartes al señalar que “los sentimientos que tenemos hacia los objetos no se deben a la naturaleza de los mismos” (26). Por tanto, lo que se siente hacia el entorno, los objetos u otras personas dependerá de la manera en que el individuo se relacione y se contacte con ellos, es decir, se vea afectado por ellos.

Una correlación importante que queremos señalar es la de los afectos con la memoria, ya que los primeros se nutren de los recuerdos a la vez que influyen en lo que se recuerda. Ahmed afirma que “Las emociones son relacionales, involucran (re)acciones o relaciones de acercamiento o alejamiento con respecto a los objetos” (30).

Esto nos permite articular lo hasta aquí dicho con otro de los ejes de análisis mencionados: lo autobiográfico, dado que las vivencias relatadas por las escritoras las tienen como protagonistas “situadas” en espacios urbanos concretos. Como sostiene Arfuch (2013), toda biografía es inseparable del espacio vital en el que se ha ido construyendo la subjetividad de una persona y, en este mismo sentido, Molloy asevera que “la autobiografía es siempre una re-presentación, esto es un volver a contar, ya que la vida a la que supuestamente se refiere es, de por sí, una suerte de construcción narrativa” (1996: 15-16). De allí nuestro interés en aproximarnos a los modos en que Gorriti y Mansilla articulan los sucesos que guardan en sus memorias y ver de qué manera los verbalizan.

Ya esbozado nuestro marco teórico, estableceremos relaciones entre esas “ciudades retratadas”, a través de la narración-descripción, con hechos históricos que adquieren valor documental en Juana Manuela Gorriti, mientras que en los textos de Eduarda Mansilla nos aproximaremos a dos realidades sociales que conviven en una misma ciudad, todas ellas rememoradas y puestas de manifiesto a través de la emocionalidad de estas “escritoras afectadas”.

Hechos de sangre y gloria en el puerto del Callao

Juana Manuela Gorriti, en numerosos artículos⁴, evoca ciudades que fueron muy caras a sus recuerdos y con las que mantuvo un vínculo afectivo muy sólido. No trabajaremos en esta ocasión los que se relacionan con ciudades argentinas, muchas de ellas retratadas en

4 Si bien hemos consultado los originales en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, seguimos la edición de Alicia Martorell de las *Obras Completas* de Juana Manuela Gorriti (1993). Los textos aquí citados corresponden al tomo II. Se indica la fecha de la primera publicación y luego se cita por la edición de 1993.

“Escenas de Buenos Aires” (1878) y “Romería a la tierra natal” (1886). Tampoco nos detendremos en los que dan cuenta de sus viajes americanos, recogidos en “Impresiones y paisajes” (1878), aunque sí destacamos su carácter de viajera incansable. Otros textos dan noticias de la ciudad de Lima, reunidos luego en *Panoramas de la vida* (1876).

Para desarrollar el tema que nos proponemos indagar, la manifestación de los afectos y la relación que establece la escritora con las ciudades en las que habitó –lo que nos lleva ineludiblemente al campo de lo autobiográfico– trabajaremos los escritos que se relacionan con las experiencias vividas por la autora en torno al episodio histórico del 2 de mayo de 1866. Se trata de “Impresiones del dos de mayo” publicado en *La Revista de Buenos Aires*, XVI (1868: 382-395), incluido luego en *Panoramas de la vida* (1876), tomo II, “Veladas de la infancia” (Gorriti, 1993: 156-164) y “Recuerdos del dos de mayo. Incidentes y percances”, publicado en *La Ondina del Plata* (Núm. 15, 1º de Marzo de 1878) (Gorriti: 1993: 299-303).

Dada la honda marca que dejaron estos sucesos en la subjetividad de la escritora, considerados por Hebe Molina como “episodios autobiográficos” (1999: 121-122) es necesario relacionarlos con otro texto “Las dos madres. Episodios del 2 de mayo” (1868), recogido en el volumen *Misceláneas* y luego publicado, en 1880, en cuatro entregas, en la *Alborada Literaria del Plata*, dirigido por Lola Larrosa (Gorriti, 1993: 319-324).

“Impresiones del dos de mayo” (1868) y “Recuerdos del dos de mayo” (1868), sucintamente, relatan la resistencia y la lucha del pueblo peruano para repeler el ataque de la escuadra española ocurrido el dos de mayo de 1866. Por conflictos previos con España, Chile –que se había separado de España en 1810 y había declarado su independencia en 1818– y Perú –independiente desde 1821– firmaron una alianza a comienzos de 1866, junto a Bolivia y Ecuador –aunque estos países no participaron en la contienda– que dio origen a la Guerra hispano-sudamericana. La flota española, comandada por Méndez Núñez, luego de atacar el puerto de Valparaíso

que se hallaba indefenso, se dirigió a Perú. Los eventos relatados por Gorriti coinciden con los datos históricos del enfrentamiento conocido también como combate del Callao. Los nombres de los buques de guerra peruanos que participaron en la contienda, como el Numancia; las ubicaciones geográficas de las baterías emplazadas al norte y sur del puerto; la muerte del ministro de Guerra, José Gálvez, en la Torre de la Merced junto a ciudadanos peruanos y de otras nacionalidades que se habían presentado a combatir; la necesidad del desplazamiento en tren para unir Lima y el Callao, todo concuerda con los registros históricos. En ese marco, la autora sitúa una serie de microhistorias relatadas a partir de su propia mirada y sensibilidad: “Perdóneseme en gracia de que escribo mis impresiones, esta dolorosa reminiscencia del corazón, mezclada á los gloriosos hechos de ese gran día” (Gorriti, 1993: 158).

No se trata de crónicas que refieren esos luctuosos sucesos a través de documentos. Juana Manuela fue testigo y partícipe en esa gesta, ya que formó parte de un grupo de mujeres que con gran valentía asistió a los heridos en el enfrentamiento por lo que recibió, luego, una condecoración por parte del gobierno peruano. Se pone en evidencia así que se trata, según lo postulado por Camps, de “emociones que [...] incitan a actuar” (2011: 13). De esta manera, su relato subvierte la mirada que se tenía de la mujer con respecto a su vulnerabilidad y la imposibilidad de moverse en espacios asignados a los hombres. Esta experiencia le sirvió también para, desde lo literario, narrar historias de vidas que le permitieron a los lectores, además de conocer los acontecimientos de primera mano, adentrarse en la intimidad de los protagonistas, oír sus voces. Así lo veremos en “Las dos madres”.

Para abordar “Impresiones del dos de mayo” podemos aplicar los conceptos que, en el siglo XX, desarrolló Alain Touraine (1977) al referirse a los “movimientos societales”, ya que es posible observar en el citado artículo de Gorriti la asociación de temas morales y sociales que guardan estrecha relación con la afirmación identitaria del

sujeto y de la comunidad. En el texto de Gorriti, una vez descripta la situación inicial con el aviso de la inminente invasión española, quienes descansaban en el Chorrillo abandonan ese espacio de ocio y distensión para dirigirse a Lima y comprometerse en el conflicto armado. Priman la solidaridad y la igualdad entre quienes se presentan para la defensa, ya que los une el deseo de mantener el orden social y la libertad de la patria. Las acciones descriptas dan cuenta del frenesí de los preparativos y de las emociones de quienes viven la tensión del momento. “Las madres desoladas corrían en pos de sus hijos [...] las niñas, palpitantes á la vez de zozobra y de entusiasmo, se apresuraban á llegar á Lima, ansiosas de ver a sus novios...” (Gorriti, 1993: 157). Los hombres se agolpaban para ir a defender el Callao y las mujeres colaboraban en la preparación de los insumos necesarios para atender a los heridos por la contienda. El yo autobiográfico se hace presente: “Yo seguía el impulso de este mar de vivientes, protegida por la estela de mi cuñado... Una oleada de pueblo nos separó” (Gorriti, 1993: 157-158). La presencia de todo un pueblo que sale a las calles para rechazar a los adversarios, a los enemigos, no deja de conmoverla, y su alegría por ser parte de ese momento histórico queda expresada al decir: “Por dicha, divisé el grupo de sombreros blancos de las hermanas de caridad, con quienes debía ir al Callao” (Gorriti, 1993: 158).

Los lugares rememorados, Lima y el Callao, emergen como espacios políticos en los que se dirime el poder. En el puerto del Callao se sitúan los hechos bélicos, pero surgen otros ámbitos donde se expresan los sentimientos. El cementerio de Baquijano, que había sido creado en 1862, se convierte en hospital improvisado dada la imposibilidad de seguir recibiendo a los heridos en el “hospital de sangre” del Callao. Al llegar hasta allí, son recibidos en el hospital y la Capellanía del camposanto. La referencia a la capellanía nos pone en contacto con una institución española traída a América que cumplía funciones religiosas, sociales y económicas. En este caso en particular, se asocia con un espacio simbólicamente destinado al recogimiento y la celebración de culto. Al transformarse

en hospital, da cabida a otros feligreses –los heridos en los acontecimientos traumáticos descriptos– y a quienes velan por su recuperación –las hermanas de la caridad y las mujeres que decidieron dejar un lugar pasivo y seguro en sus casas para acompañarlos en su dolor y padecimiento–. De esta manera, se confirma el rol de las mujeres que pasan a ser protagonistas y parte activa de eventos trascendentes para la vida de quienes habitaban en esa ciudad. El clima emocional que allí se vive nos permite “leer” ese espacio como el lugar físico receptor de heridos, a la vez que contenedor afectivo de quienes llegaban a sus puertas en busca de los familiares, de los novios, de los amigos que estuvieron en la batalla.

Al conocerse la victoria sobre los españoles, las reacciones emocionales son contradictorias, de alegría por la derrota del enemigo común: “Era el gozo de triunfo que tanto se parece al furor” (Gorriti, 1993: 164), de dolor por los seres queridos que dieron su vida por la patria: “—Abel!!! Hermano mío!!!... —Un grito terminó esta dolorosa exclamación” (Gorriti, 1993: 162). La autora intercala, nuevamente, una historia mínima, la del joven Abel Galíndez, de 16 años que muere en la explosión de la Torre de la Merced, junto con el ministro de Guerra y tantos otros soldados y ciudadanos. Este episodio será retomado y desarrollado por la autora, posteriormente, en “Las dos madres”.

El texto finaliza acercando dos realidades, la del pueblo que festejaba la victoria en 1866, mientras las señoras de Lima continuaban con su labor humanitaria ayudando a los heridos, y el momento del presente de la escritura, 1868, cuando esas mismas mujeres socorrían a los enfermos a causa de la mortal epidemia de fiebre amarilla que estaba asolando al puerto del Callao en ese año.

Gorriti ha recuperado, en este artículo, un momento particular en la historia de la nación peruana –el dos de mayo de 1866– así como su participación activa en los sucesos. Su relato contribuye a “hacer la historia” ya que no se trata solo de referir los incidentes, sino

que a través de una mirada autobiográfica capta los sentimientos que circulaban en la sociedad: el temor por enfrentar al enemigo y perder la libertad, la alegría y el orgullo por la victoria, la piedad hacia quienes dieron valientemente su vida en la contienda, la empatía con el pueblo y la templanza en la atención brindada por las mujeres a los heridos. Esta construcción discursiva estaría en relación con lo que Peluffo (2016) identifica, semánticamente, como una feminización de ciertas emociones como el miedo, el amor, el pudor y la compasión, frente a otras como la ira, la indignación y el orgullo que se presentan como virilizadas. No obstante, si bien el rol de la mujer ha sido construido por Gorriti en torno a la concepción de la femineidad decimonónica que responde a un modelo que está articulado sobre la bondad, la ternura y el cuidado amoroso brindado por la madre, como muy bien señala Molina (1999: 273), la escritora también da cuenta de otro tipo de mujeres: independientes, valientes y políticamente comprometidas.

Recuerdos del 2 de mayo

Este texto, más breve que el anterior, retoma los mismos sucesos antes narrados y, como indica el subtítulo “Incidentes y percances”, se centra en las vicisitudes que debe sortear el yo protagonista. Hay datos más personalizados, como aquel donde la mujer deja a un conocido la llave de su casa en la que guarda unos soles para que, si no regresa, sirvan de sostén a su hijo, Julio⁵. El dolor, por parte de la madre que piensa en el abandono del hijo, contrasta con la alegría de quienes viajan en tren con ella rumbo al Callao. Los datos externos sobre la participación de las mujeres y la reacción del pueblo ganan fuerza ilocutiva por medio del uso de intensificadores. Al saber que los rieles del tren habían sido desarmados, “los pasajeros

5 Además de sus hijas, Edelmira y Mercedes, Juana Manuela tuvo dos hijos extramatrimoniales, Clorinda y Julio, fruto de su relación con Julio Sandoval en Perú (Efrón, 1998: 129).

saltaron alegremente á tierra y siguieron la marcha á pie” (Gorriti, 1993: 300); aquí “alegremente” realza el contexto emocional que vivían quienes participaban del momento, sentimiento que es proyectado, mediante la escritura, hacia los receptores. Uno de los percances que debe enfrentar la enunciadora es la imposibilidad de alojarse con las hermanas de la caridad con las que ha colaborado en el acondicionamiento de un hospital en el cementerio de Baquijano. Misteriosamente, se le aparece una figura casi fantasmal, que resulta ser el capellán, quien la conduce a otro lugar en el que se encuentran alojadas dos hermanas. Esto da pie a un microrrelato, a una bifurcación en la narración principal; se trata de una historia que, como las de Sherezade, ayuda a pasar la noche. Llegado el día, las mujeres entran en acción al asistir física y espiritual a los heridos; luego de la tarea realizada, el contraste afectivo se produce cuando la protagonista se dirige a la ciudad entre una “multitud inmensa que ebria de gozo llevaba á sus hogares el relato del triunfo” (303). Vive y comparte con el pueblo la felicidad del momento, pero al regresar a su casa, descubre que su amigo ha dado el dinero, supuestamente, a otra persona apurada “por el pago de su alquiler” (303), lo que le produce gran desazón y enojo, impresiones con las que cierra su artículo. Los eventos narrados dan cuenta de la circulación de los afectos y cómo estos han afectado su subjetividad. De la angustia, el temor y la alegría vividos el dos de mayo pasa, luego, a la decepción por la amistad traicionada.

Como se aprecia, este relato no tiene el mismo peso en cuanto a la descripción de los acontecimientos históricos ni una carga emotiva tan marcada, más bien se centra en los “Incidentes y percances” que debe sortear la protagonista. No obstante, al observar desde qué lugar afectivo se produce la narrativización de los sucesos, podemos apreciar las connotaciones que cobran los espacios, cómo se cargan de sentido a partir de quien los enuncia y cómo su discurso legitima un hecho histórico-político-social que conmovió a la sociedad peruana en 1866.

“Las dos madres”

Este relato toma como hipotextos los dos artículos antes comentados, lo que indica la persistencia en la memoria de los incidentes vividos y la coherencia en la escritura que, si bien sufre transformaciones textuales, da cuenta de la resistencia de todo un pueblo y legitima el accionar de las madres que dan título al texto. Estructurado en seis partes⁶, narra dos historias paralelas en el marco del enfrentamiento bélico con la flota española. En la primera, situada en Lima, ante la inminencia de la guerra, tres mujeres jóvenes participan activamente en la preparación de aprestos hospitalarios, que serán usados durante y después de la batalla. Fantasean con la idea de poder ir ellas también al frente. Con valentía traman una posible solución: “—Nos iremos furtivamente” —Por cierto! —Oh!... sí!... eso es!... qué felicidad” (Gorriti, 1993: 320). En la segunda parte se narra que, en ese mismo momento, dos amigos, ambos de nombre Abel y cuyos apellidos se desconocen, se comprometen a encontrarse en la batería Maipú. Se trata de identidades individuales, particularizadas por el nombre propio, que simbólicamente dan carnadura y representan a personas reales que sí participaron en la lucha, al mismo tiempo que simbolizan a todos los ciudadanos y militares que actuaron en el enfrentamiento; asumen así la identidad colectiva del pueblo peruano. El mayor, de 18 años, ya es artillero, el menor, de 16 cursa aún en el Colegio Militar y no puede ausentarse de la institución para ir a combatir. Las niñas peruanas y uno de los Abeles desobedecen los mandatos instituidos para ser parte de la gesta. La tercera parte, ambientada en una Lima engalanada como en día festivo, de la que partían los hombres hacia el Callao, retoma la historia de las jóvenes y su visita a las hermanas de caridad, quienes les permiten sumarse a la tarea humanitaria que realizarán en el hospital. Como corresponde al movimiento pendular entre ambas historias, la cuarta parte relata la llegada del más joven de

6 La separación de las partes es diferente en el diario y en la edición de las *Obras completas*, 1993.

los Abeles al lugar estipulado para el encuentro. La quinta y la sexta parte son sumamente breves. La anteúltima refiere los sucesos del combate, la bravura del pueblo peruano, el dolor y la alegría, la búsqueda esperanzada de los deudos para encontrar a sus seres queridos. La parte final transmite a los lectores las vivencias individuales de dos madres que buscan a sus hijos. Como es de prever, son las madres de los dos Abeles; la tragedia y el dolor se extienden, así, de lo individual a todo el cuerpo social. El joven artillero ha sobrevivido y custodia en sus brazos a su amigo muerto. Las reacciones de las madres son opuestas, la que conserva a su hijo, se desmaya al encontrarlo, la del que ha entregado su vida con valentía “cayendo de rodillas, y estrechando contra el pecho el cuerpo helado de su hijo, con el corazón traspasado de dolor; pero en la frente la serenidad beatífica de los mártires, oro” (324). Gorriti cierra el relato con un reconocimiento no solo a la bravura de los jóvenes sino también al valor y al amor de sus madres, pero no se trata solo de amor maternal, es un amor que se relaciona con el heroísmo. La inclusión de esta última parte le otorga verosimilitud al relato y lo entronca con estados afectivos relacionados con lo trágico; además se comprueba, como señala Moraña (2012), que la expresión de los afectos posibilita la relación de lo estético con lo político.

En el texto analizado, el motor de la creación literaria gira en torno a sentimientos que pueden encuadrarse en dos campos semánticos en consonancia con lo estipulado genéricamente para el siglo XIX: el de las mujeres, las jóvenes, las religiosas y las madres, que demuestran sus temores, a la vez que valor, compasión, bondad y esperanza; y el de los jóvenes soldados y otros ciudadanos que son fieles a sus ideales –aún a pesar de desafiar los mandatos institucionales–, en quienes sobresalen el entusiasmo, orgullo, confianza, templanza y fortaleza. La palabra literaria vehiculiza estas corrientes afectivas que se afectan recíprocamente y que, a su vez, afectan la subjetividad de la escritora y de sus receptores. En Gorriti, los hechos históricos sucedidos y los peligros que ella misma ha transitado se constituyen en materia narrativa que alimenta la creación de experiencias imaginadas que dan cuenta de las situaciones afectivas de los actores del conflicto.

Como demostramos en los textos de Gorriti aquí abordados, siguiendo la teoría de los afectos en cuanto a que los individuos proyectan a la vez que reciben del entorno una energía afectiva, Lima, el Callao y la capellanía ubicada en el cementerio de Baquijano se instauran como espacios materiales y simbólicos que poseen valor emotivo. A través de su narrativa, Gorriti transfiere a los lectores diferentes sentimientos relacionados, por un lado, con una percepción negativa ante el temor por el inminente peligro a causa de una invasión extranjera y la amenaza que esta conlleva por la pérdida no solo de las tierras de la nación sino de las libertades individuales y sociales. No obstante, por otro lado, hay una serie de aspectos positivos que pueden leerse entre líneas: la seguridad anclada en la valentía de soldados y civiles en la defensa de los principios que los instituyen como nación, y el orgullo y la emoción del amor compartido por la patria. De esta manera, genera afectos en los receptores –sin importar su nacionalidad ni a qué siglo pertenezcan– al relacionar a sujetos individuales –héroes y heroínas de la jornada– con el conjunto de la sociedad, en la que hombres y mujeres quedan equiparados por pertenecer al mismo cuerpo social.

Un trazado que conecta la penitenciaría con el Teatro Colón de Buenos Aires

El espacio urbano define a quienes viven en él, pero también es definido por las personas que lo habitan. En esa interacción entre espacio e individuos se va conformando la sociedad. Para observar las implicancias de esta relación recíproca nos referiremos, brevemente, a cuatro artículos periodísticos de Eduarda Mansilla que “anclan” su mirada en dos ámbitos muy disímiles de su ciudad natal, Buenos Aires, a la que regresa tras dieciocho años de ausencia en 1879. Uno está relacionado con el mundo carcelario y los otros, con lugares en los que el ocio y la cultura se dan cita: el “Teatro Colón” y “El Club del Progreso”. Desde una mirada propia, la escritora transforma sus impresiones sobre esos recintos en textos que

adquieren valor documental para la mirada actual, en los que lo informativo se une a lo literario para retratar una época y una sociedad, la ciudad de Buenos Aires hacia 1880.

En “Una visita á la Penitenciaría” (*El Nacional*, 17-18 de junio de 1879)⁷, publicado en dos entregas consecutivas, describe “lo que había observado mediante la construcción de un ‘yo personaje’ que realiza tanto un proceso de objetivación como una internalización de sus vivencias” (Guidotti, 2015: 107). En primera persona y desde diferentes perspectivas facilita el acceso a un lugar que, en general, estaba vedado a la visita de las mujeres. Realiza consideraciones relativas a lo legal, lo sanitario, lo educativo y ocupacional, sin que por ello lo afectivo deje de tener presencia. Con esta intención, Mansilla propone a los lectores de *El Nacional* realizar un recorrido urbano centrado en un espacio físico y simbólico inusual –la Penitenciaría Nacional, inaugurada en 1877–, para ponerlos frente a una realidad que no era abordada con frecuencia en los diarios porteños. Su artículo difiere de otros de los categorizados como “prensa amarillista o policial”, ya que los hechos de violencia por los que los reclusos estaban alojados allí no son mencionados. Otra es la finalidad perseguida, sus palabras están orientadas a mostrar el respeto por la persona humana de los allí confinados. Seguramente, el público desconocía las características arquitectónicas del lugar, proyecto diseñado por el ingeniero Ernesto Bunge que, a la vez que permitía la vigilancia de los internos –siguiendo la estructura del panóptico–, se ajustaba a los nuevos modelos edilicios que tenían en cuenta la luminosidad, la amplitud de las celdas, pabellones y lugares de trabajo, y contaba con espacios dedicados al aseo personal, así como también talleres en los que se les enseñaban oficios a los reclusos: panadería, encuadernación, zapatería, confección de prendas, entre otros. Mansilla da cuenta así de esta Buenos Aires moderna que trabajaba por la inclusión, en la que la Penitenciaría “me ha dado

7 Citaremos los artículos por la edición de 2015 de los *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* de Eduarda Mansilla de García.

la medida de nuestros adelantos intelectuales, morales y sociales” (2015: 303). En este texto, varios lexemas están relacionados con un sentimiento en particular, el “dolor”. Al ingresar a una de las celdas y ver la disposición de los objetos que allí se encontraban –cama, libros e ilustraciones–, inmediatamente, recuerda un lugar similar: las habitaciones de sus hijos cuando eran aspirantes de marina en la Escuela Naval de Francia. El dolor por los hijos ausentes parece materializarse en ese momento, el espacio concreto afecta sus emociones, a la vez que sus impresiones afectarán las de sus lectores. Pero también hay otro dolor que la sensibilidad de Mansilla puede captar, se trata de un preso en particular que cumple condena por falsificación; no lo juzga y al conocer su delito piensa en la madre que, en otra patria, sufrirá esperando que pase el tiempo para terminar con su condena: “Pobre número 223, allá en su patria tiene quizá una madre, que cuenta los meses, los años” (2015: 302). Como sostiene Arfuch (2010), espacio y tiempo están impregnados de una fuerte carga emocional y afectiva; el espacio evocado cobra otro sentido al ser puesto en relación con el espacio carcelario; asimismo, esta relación espacio-tiempo será polisémica en la lectura que cada uno de los receptores realice. Aquí, como en “Las dos madres” de Gorriti, también Mansilla se solidariza con los sentimientos de otra mujer, creando un clima emocional en el cual, sin importar la nacionalidad ni la posición social, las dos sufren –por distintos motivos– el dolor y la angustia por la separación de sus hijos. En ambas autoras se corrobora lo expuesto por Camps al afirmar que “lo que distingue a una persona de otra es, precisamente, su sensibilidad, su parte emotiva, no la racional” (2011: 20); esa es la imagen que las escritoras transmiten sobre las madres.

El interpretar los campos afectivos expresados en este artículo periodístico nos ha permitido ahondar en los diferentes niveles de significación que presenta el texto ya que, además de lo documental, hay una intencionalidad ética y didáctica al mostrar al gran público la realidad que se vivía en las penitenciarías. A ello se suma la denuncia que realiza al finalizar su colaboración periodística al

comprobar que quienes todavía no habían sido juzgados, debían convivir con aquellos que tenían condena firme. Estamos, en síntesis, ante un texto autobiográfico en el que la realidad socio-histórica se analiza desde el prisma de la afectividad, pero que da cuenta de un proceso de objetivación del espacio descrito y de sus ocupantes, a la vez que propone una mirada crítica desde sus propias experiencias de mujer cosmopolita.

Otros espacios que están investidos afectivamente en la prosa de Eduarda Mansilla son el del teatro Colón, referido en varios artículos publicados en la prensa y en la revista especializada *La Gaceta Musical*, y el del Club del Progreso, en el que enmarca situaciones por ella vividas en las que se conjugan la satisfacción, el orgullo y la aprobación, sentimientos que han sido racionalizados por la escritora y dan cuenta de impresiones intensas y duraderas en su vida.

El teatro Colón, símbolo de la cultura aristocrática de Buenos Aires, se constituye en espacio biográfico para la escritora, lugar de encuentro con el otro, de identificación, lugar de pertenencia. Al regresar a ese ámbito conocido, no solo da testimonio del desarrollo cultural alcanzado en la ciudad, sino que hace partícipes a sus lectores de sus sentimientos y de cómo circulan las emociones entre las personas. Así lo deja trascender en las cartas que dirige a Isabel de Lagatinerie⁸ publicadas en *La Gaceta Musical*: la primera, del 29 de junio de 1879, “Confidencias musicales” (Mansilla, 2015: 307-315) y la posterior, del 13 de julio de ese año, “Confidencias musicales” (Mansilla, 2015: 334-343). En la segunda, relata las celebraciones por la fiesta patria del 9 de julio de ese año; describe a la multitud que se agolpaba en la plaza de la Victoria, su camino hacia la Plaza del 25 de Mayo, la Casa Rosada y la Catedral, espacios que relaciona con los de París. Reconstruye así, a partir de su posicionamiento

8 Se trata de la hermana de su yerno, Charles Marrier, Barón de Lagatinerie, esposo de su única hija, Eda, Eduarda Nicolasa Agustina García Mansilla.

como sujeto de sentimiento, un mundo cultural y político del que la destinataria francesa está muy alejada. El decidir que lo íntimo se convierta en público, al acceder a que estas cartas se publiquen, también es una toma de posición: lo hace para contrarrestar el olvido, para avivar el amor por la patria y para subrayar los valores que definen a los argentinos. Cabe destacar que estas son las primeras publicaciones de Mansilla en *La Gaceta Musical*, de la que será asidua colaboradora, al punto de reinstalarla como figura pública y del mundo cultural en el ámbito porteño.

Con las mismas connotaciones antes señaladas, escribe para *El Nacional*, de fecha 10 de julio de 1879, “El gran baile del Progreso. Date Lila” (Mansilla, 2015: 294-303). La vívida descripción de los hombres y mujeres que allí asisten para celebrar la fecha patria, asociados a la música que allí se escucha, transportan a la narradora a los días de su juventud: el entusiasmo, la alegría, el gozo por compartir un momento de belleza estética y el orgullo de ser argentina, conforman el campo afectivo que las palabras literarias trasladan al texto periodístico.

En los artículos aquí analizados de Mansilla, centrados en espacios urbanos de Buenos Aires, podemos corroborar que, tal como plantea Ahmed (2015), los sentimientos tienen movilidad. La emocionalidad de la narradora se mueve desde el “adentro” hacia el “afuera”, hacia los otros, hacia los objetos y los espacios; pero también se da el movimiento contrario, del “afuera” –la Penitenciaría, el Teatro Colón, el Club del Progreso– hacia su propio “adentro”, que moviliza experiencias personales y recuerdos por ella vividos en Argentina, en Estados Unidos y en distintos países de Europa.

Un recorrido articulado sobre tres ejes: “ciudad”, “afecto” y “autobiografía”

El acceso a materiales que antes solo resguardaban los archivos nos permite estudiar la manera en que se relacionan lo individual y lo social, las vivencias personales y privadas con lo público. Las producciones aquí analizadas, que fueron pensadas para medios de comunicación escrita, periódicos y revistas, ponen en evidencia la circulación de los afectos entre las personas y entre estas y el entorno.

Los espacios urbanos actuaron como disparadores a través de los cuales J. M. Gorriti y E. Mansilla intentaron asir los volátiles recuerdos de momentos trascendentes de sus vidas, en textos en los que expresaron sus sentimientos ante situaciones que afectaron sus subjetividades y que, al transmitirlos, produjeron cambios e influyeron en el público que las leía y en el que sigue leyéndolas. Hemos comprobado cómo en estos artículos periodístico-literarios, la memoria individual sirvió de sustento a la memoria social; lo privado se unió a lo público para construir no solo parte de la propia biografía sino también para reforzar ideales y valores relacionados con la defensa de la nación, la libertad, el amor por la patria y el orgullo por el sentido de pertenencia nacional. Múltiples variables –el espacio urbano, lo geopolítico, el lugar que ocupaba la mujer, la circulación de las emociones– nos permitieron tomar contacto con percepciones epocales sobre hechos pasados, mediatizados por los sentimientos, experiencias y valoraciones de las escritoras estudiadas. Gracias a sus escritos, también pudimos acceder a las impresiones que se suscitaron en los sujetos que protagonizaron las luchas armadas en Perú o a la cotidianeidad de la vida penitenciaria, en la que los cuerpos también resultan afectados. Asimismo, percibimos las corrientes afectivas entre aquellos que, con honda emoción, celebraban a la patria, en Buenos Aires, el 9 de julio de 1879. Para los receptores de ayer y de hoy, lo cognitivo se une a lo emocional para formar nuevos campos afectivos que, afortunadamente, seguimos percibiendo en el siglo XXI.

Bibliografía

- Ahmed, S. ([2004] 2015). *La política cultural de las emociones*. Traducción de Cecilia Olivares Mansuy. México, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Autónoma de México.
- Arfuch, L. (2010). “Espacio, tiempo y afecto en la configuración narrativa de la identidad”. *De Signis*, 15, 32-40.
- . (2013). “La ciudad como autobiografía”. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbano*, 12, 1-14.
- .(2015). “El ‘giroafectivo’. Emociones, subjetividad y política”. *De Signis*, 24, 245-254.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Barcelona, Herder.
- Efrón, A. (1998). *Juana Gorriti. Una biografía íntima*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gorriti, J. M. (1993). *Obras completas. Panoramas de la vida. 2da. parte y Misceláneas*. A. Martorell, investigación y cuidado de la edición. Salta, Fundación del Banco del Noroeste.
- Mansilla de García, E. (2015). *Escritos periodísticos completos (1860–1892)*. M. Guidotti edición, introducción y notas. Buenos Aires, Corregidor.
- Molina, H. (1999). *La narrativa dialógica de Juana Manuela Gorriti*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

- Molloy, S. (1996). *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, El Colegio de México.
- Moraña, M., Sánchez-Prado, I. (2012). *Lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América latina*. Madrid, Iberoamericana.
- Peluffo, A. (2016). *En clave emocional. Cultura y afecto en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Rancière, J. (2002). *La división de lo sensible. Estética y Política*. Salamanca, Consorcio Salamanca.
- Touraine, A. (1995). *Producción de la sociedad*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.